

sobre las armas, y habian pasado dos días y dos noches, casi sin tener un bocado de pan ni una gota de agua, no quedándoles ya mas alternativa cuando empezó la batalla que «morir de hambre y de miseria ó emprender la retirada.»

Esto era un motivo no solamente bastante, sino positivamente obligatorio para emprender la lucha. Agregóse á él que la proporcion numérica era muy favorable al ejército aliado, aunque no tanto como hasta hace poco se ha creído; porque segun los cálculos mas autorizados se componia este ejército el 5 de noviembre de 10,264 hombres de tropas federales con 30 piezas de artillería, y 33,060 de tropas francesas con 79 cañones, de suerte que habia un total de 43,324 hombres con 109 cañones. Pero el ejército de Federico el Grande no pasaba de 22,000 hombres con 72 cañones, de suerte que era casi la mitad del otro.

Segun habian convenido los jefes de los ejércitos aliados en 4 de noviembre, debía ponerse en marcha hácia la derecha todo el ejército francés el día 5 en la madrugada; pero en lugar de esto Soubise envió tranquilamente su caballería á forrajear, porque como de costumbre habia olvidado durante la noche todo cuanto le habia entusiasmado hasta el último grado el día anterior. Entonces le mandó el príncipe de Hildburghausen un billete urgente que se ha conservado y que dice así: «Creo que no debemos perder un instante; que hemos de estar prontos á marchar contra el enemigo y atacarlo. Por su movimiento de ayer se ve perfectamente que no vendrá á nuestro encuentro; pero tenemos motivos para temer que nos corte la comunicacion con Freiburg y de consiguiente los viveres. Así lo prueba el afán de sus generales de reconocer el camino que conduce allí, y en este momento me dicen que ha abandonado á Weissenfels sin hacer siquiera guardar el puente, prueba de que no piensa servirse de él; por esto creo que debemos ponernos inmediatamente en marcha para ganar las alturas de Schevenrode y atacarle desde allí. Con esto lograremos dos ventajas, primera la topográfica que nos ofrece la altura sobre el campamento enemigo, evitando el desfiladero que nos impidió atacar ayer, y segunda cubrir al propio tiempo nuestras comunicaciones. Suplico á V. E. que lo medite y ponga á continuacion su contestacion. Lo primero que debe hacerse es avisar á sus regimientos que se pongan á punto de marcha y que nadie abandone el campamento; porque se les ve dirigirse á millares á la aldea que está tocando casi al enemigo, el cual puede hacer con pocos húsares tantos prisioneros como quiera.»

El príncipe de Hildburghausen era nominalmente el superior del príncipe de Soubise, pero, segun lo prueba este billete, jamás se atrevió á mandarle como tal, contentándose con darle consejos para que los meditara; y cuando creia haberle convencido con sus razones, recibia por contestacion una serie interminable de objeciones. Así sucedió tambien en esta ocasion. El príncipe de Soubise no hizo marchar su ejército sino á forrajear, y entre recados, idas y venidas llegó la hora del medio día. Entonces echó Hildburghausen mano del único recurso que á veces le habia surtido efecto, es decir, se puso en marcha con la caballería del imperio como quien no hace caso de su colega, y así llevándole como á remolque, logró poner en movimiento á Soubise. De esta manera se dirigió todo el ejército hácia la derecha; pero cuando se hubo llegado, á cosa de las dos, enfrente de la aldea de Pettstädt al Sur del campamento prusiano, volvieron á hacer alto los franceses; porque habia ocurrido al príncipe de Soubise que para aquel día ya era tarde para atacar á los prusianos; que era preciso contentarse con acampar hácia su flanco izquierdo cerca de Reichardtswerben y dejar el ataque para el día siguiente. Hildburghausen acudió muy indignado dejando escapar estas frases groseras: «Así sois vosotros,

señores franceses; cuando se acerca el enemigo, retrocedéis, y cuando habeis de ir á su encuentro os parais.» Este rudo apóstrofe de nada hubiera servido si cabalmente en aquel momento, es decir, á las dos y media, no se hubiese observado en el campamento enemigo un movimiento que tenia todas las apariencias de una huida á Merseburgo. Con esto hubo bastante para que Soubise no resistiera mas; el enemigo no se podia ya escapar, y no haber aprovechado esta ocasion habria sido un baldon eterno é imposible de justificar. Púsose de consiguiente á la cabeza de la caballería que conducida por Hildburghausen se dirigió á galope sobre Reichardtswerben; la infantería siguió á paso de carga llenando el aire con gritos de júbilo; y la reserva mandada por Broglie tuvo tanta prisa, que en lugar de colocarse á la derecha se metió con toda su artillería entre la primera y segunda línea de la infantería introduciendo con esto una gran confusion en el órden de marcha.

Las columnas de caballería é infantería que de esta manera se precipitaban en forma de medio círculo en direccion de Reichardtswerben, no vieron lo que en aquellos mismos momentos sucedia en la cuerda del arco que ocupaban los prusianos. Los dos ejércitos estaban separados por una loma cuyo punto mas alto se llama el cerro de Jano, cerro que Federico el Grande aprovechó á guisa de cortina para efectuar detrás de él una maniobra sencilla y que en esta ocasion fué ejecutada con éxito completo. Por una abertura del tejado de la casa señorial de Rossbach habia examinado á las ocho de la mañana con un anteojo la posicion del enemigo, y por los movimientos que observó habia creído que iba preparándose á la retirada sobre Freiburg, y que queria ocultarla situando un cuerpo de tropa, que resultó ser la seccion del conde de Saint-Germain, entre Almsdorf y Schortau. Por este motivo no sacó á las tropas de sus tiendas, y cuando llegó el medio día, dejélas tranquilamente comer el rancho. El mismo se sentó á la mesa con su estado mayor á las doce y estuvo de sobremesa hasta las dos de la tarde. A aquella hora, á consecuencia de una parte que le llevó un edecan, subió otra vez á la claraboya del tejado y vió las columnas enemigas que marchaban en direccion de su izquierda. Al instante formó su plan; en pocos minutos estaba levantado el campo y todo el ejército en movimiento. El enemigo lo vió admirando no poco la rapidez con que se hizo. «En menos de dos minutos, refiere un testigo ocular que formaba parte del ejército federal, estaban todas las tiendas en el suelo como si las hubiesen tirado de un cordel, de la manera que se hace en los teatros, y en el mismo instante estaba ya todo su ejército en marcha. Esta súbita mudanza nos hizo creer que nos tenia miedo y que queria retirarse á Merseburgo, por cuya razon resonó entre los nuestros el grito de victoria redoblando nuestros brios y nuestro paso.» Mas la direccion de Federico no fué hácia Merseburgo, sino hácia la misma aldea de Reichardtswerben adonde tambien se dirigian los aliados; allí envió Federico su caballería mientras hizo ocupar á toda prisa el cerro de Jano por su infantería y artillería.

A las tres y media abrieron los cañones prusianos desde el citado cerro su fuego sobre el enemigo, y en el mismo momento dobló Seydlitz con su caballería el cerro y se arrojó como el rayo sobre la caballería federal. Los coraceros austriacos sostuvieron la primera carga y acudió tambien á su auxilio la caballería francesa mandada por el marqués de Castries; pero Seydlitz arrojó su segunda línea sobre el flanco derecho del enemigo, el cual no resistió este segundo empuje. En indecible tumulto se precipitaron las derrotadas masas de caballería al través de los campos, mientras Seydlitz volvia á formar sus escuadrones cerca de Tagewerben.

La huida de la caballería enemiga decidió la de los regimientos de infantería, compuestos de los pequeños contingentes federales, que sin haber disparado un tiro dieron media vuelta, arrojaron sus fusiles y buscaron su salvacion en la fuga. La infantería francesa trató de hacer resistencia; la brigada del Piamonte dejó acercarse á cincuenta pasos á los primeros siete batallones prusianos; pero cuando sintió el efecto del fuego rápido tan terrible de estos que tendieron en tierra con una descarga toda una compañía de granaderos, segun un relato francés, volvió toda la brigada las espaldas. Lo mismo hizo la de Mailly, y toda la infantería siguió su ejemplo. Estaba ya todo el ejército enemigo en plena retirada huyendo de las descargas de metralla que la artillería prusiana le enviaba cuando Seydlitz se arrojó otra vez sobre las masas con su caballería, con lo cual desapareció el último resto de órden y disciplina. Solo la oscuridad de la noche salvó de la destruccion completa á las masas, que corrian hácia Freiburg y el río Unstrut. El príncipe de Soubise durante la batalla cumplió su obligacion como soldado; pero mas se lució todavía en la relacion de la jornada que envió á Stainville, en la cual decía: «¡Qué desgracia, qué desgracia! ¿De qué puede uno fiarse hoy? Me atrevo á decir que el ardor, la buena voluntad, las disposiciones excelentes estaban de nuestra parte; y sin embargo en media hora las maniobras del rey de Prusia han logrado hacer retroceder á nuestra caballería é infantería. Todos se retiraron sin huir, pero tambien sin volver la cabeza.—La infantería avanzó en buen órden á pesar de la derrota de la caballería; marchó sin disparar un tiro hasta estar á cincuenta pasos del enemigo, y en el momento en que yo tenia las mas brillantes esperanzas, se volvió, disparó al aire y se retiró. Confieso que el continente de los enemigos era soberbio; entre ellos no se observó la menor vacilacion. Desde aquel momento avanzó toda su línea disparando sin cesar y sin aflojar sus filas; nuestras brigadas de la izquierda retrocedieron sin huir; pero excepto algunos momentos en que fué posible detenerlas, prevaleció la tendencia á la retirada que finalmente dominó. No hablo de la infantería compuesta de contingentes federales, y solo me acuerdo de ella para lamentar el momento en que tuve la desgracia de unirme á esta tropa. La artillería y los equipajes están á salvo; llegan nuestros rezagados, y oigo de todas partes que los fugitivos regresan. Durante la noche se dispersó casi toda la infantería. Principiamos á recobrar ánimo y en nuestras conversaciones vuelve á reinar el buen tono. Usted sabe que el que tiene que tratar con cabezas francesas siempre encuentra recursos. Me figuro el cuadro que presentará la corte cuando sepa esta triste noticia; á mí me desgarrará el corazón.» Al querer el príncipe de Soubise en su singular relato salvar tan cuidadosamente la apariencia de que todo habia sido una mera retirada y no una huida, tuvo el instinto de comprender que para los vencidos de Rossbach seria la vergüenza mayor que el perjuicio, y el baldon mas trascendental que la pérdida de vidas humanas y de cañones. Los prusianos habian tenido tres oficiales y 162 soldados muertos y 20 oficiales y 356 soldados heridos. El enemigo dejó en el campo de 600 á 700 muertos y 2,000 heridos, y en manos de los prusianos mas de 5,000 prisioneros, entre los cuales habia 5 generales y unos 300 oficiales, además de 67 cañones, 7 banderas y 15 estandartes con mucha impedimenta. Las bajas que tuvieron los aliados por deserccion no pudieron ni pueden ser ya calculadas.

El régimen político de Versalles recibió un golpe del cual no se levantó más. Verdad es que la corte se consoló muy pronto; la marquesa de Pompadour enjugó sus lágrimas cuando el mariscal de Belleisle le dijo, despues de haber

hablado ya al rey en favor del buen Soubise: «El rey le dirá á V. que el señor de Soubise ha sido comprometido por el príncipe de Hildburghausen, cuyas tropas han huido primero y han arrastrado consigo á las tropas francesas.» En efecto, el príncipe de Soubise continuó recibiendo las muestras mas lisonjeras del favor del rey, lo cual le consoló de la marea de mofa y de sátiras con que le cubrió la prensa. Entre las hojas volantes habia una escrita en verso que decia: «Soubise dice con un farol en la mano: Busco en vano. ¿Dónde demonios está mi ejército? Ayer estaba todavía aquí! ¿Si me lo habrán robado, ó se me habrá traspapelado? ¡Ay, necio de mí, todo lo pierdo! pero esperemos que amanezca y que luzca el sol. ¿Qué veo? cielos, ¡qué delicia se apodera de mi corazón! ¡Bendito milagro! ¡Aquí está, sí, aquí está! ¡Qué demonio! ¿qué es esto? Me he equivocado; es el ejército del enemigo que he tomado por el mio.»

En Versalles solo un personaje estaba inconsolable, y este era el abate Bernis, del cual ya sabemos cuán acertado andaba en esto de presentir peligros y distinguir males, y cuán desgraciado era cuando se trataba de evitar los unos y curar los otros. A su alegría de la feliz vuelta de los parlamentos á sus tareas sucedió una profunda desesperacion cuando llegó la noticia de Rossbach, y cuando vió la alegría maliciosa con que el pueblo la recibió y la ligereza con que la tomó la corte. Estaba perfectamente enterado de la marcha de los sucesos, y se habia formado un juicio completamente exacto é imparcial de las causas de la derrota, pues que escribió en 22 de noviembre al conde de Stainville: «Hemos sido derrotados: 1.º Porque la marcha estaba mal dispuesta. 2.º Porque al pasar al pié de una colina no nos hemos cuidado de ocupar primero la cresta. 3.º Porque nos hemos dirigido contra el rey de Prusia formando un arco de círculo, mientras él formando la cuerda marchó contra nosotros. 4.º Porque fuimos atacados antes de habernos colocado en órden de batalla. 5.º Porque nuestras tropas no habian recibido pan casi en 3 días. 6.º Porque nuestra infantería no habia disparado todavía un tiro. 7.º Porque están muy mal disciplinadas nuestras tropas. 8.º Porque el rey de Prusia tenia todas las ventajas, á las cuales añadió la del terreno, de la buena disposicion, de la astucia y de la rapidez. Fuera de la caballería no ha combatido nadie y todos han huido. La noche ha salvado al ejército. A las dos de la tarde en plena marcha nos detuvimos para celebrar un consejo de guerra, en el cual las opiniones anduvieron divididas; fué el preludio de la pérdida de la batalla. Ahora quisiera yo que me dijese lo que habríamos hecho si la hubiésemos ganado. ¿Cómo puede ganarse completamente una batalla cuando se principia á las cinco de la tarde en el mes de noviembre? Habríamos ganado el campo de batalla y nada mas.—Es ocioso decir que el público no ha dejado hueso sano á Soubise; nunca quiso que se le confiase un mando, y hacia dos meses que predecia su derrota; hoy hemos recibido el golpe con la destruccion de nuestro ejército.» Discurriendo así, llega Bernis á hablar del comportamiento incomprensible de Richelieu en Zeven y Halberstadt y dice: «Si no reflexionamos y nos concentramos, nos arrojarán de Alemania; detrás de nosotros tenemos un ejército (el hanoveriano), al cual no se ha hecho mas que adormecer por no tomarse el trabajo de aniquilarlo. No se comprende cómo se puede dejar á Stade á pesar de todas las reflexiones en contra para pasar un mes en Halberstadt, que tambien se quiere abandonar. Ya veremos adónde conduce el episodio hanoveriano; pero ¿qué hará entre tanto nuestro ejército en la primavera? Ya ha esquilmano todo el país que ocupa; el que debe ocupar le esquilmará tambien; y si no se restablece la disciplina, todo se habrá perdido. Si los generales obran de por sí y se les

permite argumentar continuamente contra la corte, también se perderá todo. Necesitamos un gobierno que hoy no tenemos como tampoco lo teníamos antes.— En la corte al saberse la derrota no se ha pensado más que en el señor de Soubise, pero no en la monarquía. Nuestra amiga y el rey le han colmado de muestras de amistad.—Esté V. persuadido de que mi cabeza todavía está entera, pero no me sirve, porque no tenemos ni ministerio ni ministros.»



Cárlos de Rohan-Rohan, príncipe de Soubise. Copia del cuadro original en el museo de Versalles

do al otro lado del Saale. El duque de Richelieu había enviado 20 batallones y 14 escuadrones de auxilio, y se habían alabado de disponer de 60,000 hombres. Ayer salí con mis fuerzas para reconocer las suyas y no los pude atacar en sus posiciones, lo cual excitó su temeridad. Hoy han salido á atacarme; pero me he adelantado á ellos. Ha sido una batalla suave. Gracias á Dios, mis muertos no llegan á ciento; el único general gravemente herido es Meinike. Mi hermano Enrique y Seydlitz tienen algunos pequeños rasguños en el brazo. Tenemos toda la artillería del enemigo que está com-

IV.—LEUTHEN, GUILLERMO PITT Y FERNANDO DE BRUNSWICK

«Por fin una buena noticia, escribió Federico á su hermana Guillermina el 5 de noviembre, entrada ya la noche; sin duda ya sabías que los cuberos han querido tomar Leipzig con sus aros (alude á los círculos ó distritos en que estaba dividido el imperio germánico). Acudí y los he echa-

pletamente dispersado, y yo estoy en plena marcha para arrojarle más allá del Unstrut. Después de tantos sustos y desgracias, ha venido, Dios sea loado, un suceso favorable y se dirá que 20,000 prusianos han derrotado á 50,000 franceses y alemanes. Ahora puedo morir tranquilo, porque se han salvado mi fama y el honor de mi nación. Desgracias podemos tener, pero no ya deshonra.»

Bajo el punto de vista estratégico no fué la victoria de Rossbach ni con mucho tan decisiva como al principio pareció, pero el efecto moral fué extraordinario. El odio que

se había apoderado del pueblo en todo el Noroeste de Alemania contra el ejército francés por sus saqueos y excesos, quedó brillantemente saciado y desde entonces se acabó el terror que inspiraban los franceses. Además con la retirada vergonzosa del ejército federal del campo de batalla murió también la fe en el imperio. La guerra contra la Prusia pareció al pueblo alemán lo que era en efecto, una guerra contra la Alemania y sus más preciosos bienes. La nación no había sacado del emperador y del imperio más que perjuicios y vergüenza, mientras descubría en Federico su salvador y vengador. Donde existía solo una chispa de sentimiento y una sombra de idea de lo que es verdadero heroísmo, reinaba el entusiasmo que había excitado el golpe que habían recibido el enemigo y el ejército del imperio. Se oraba desde entonces pidiendo al cielo la victoria para las armas prusianas á cada nuevo encuentro; porque el más lerdo había comprendido que el gran rey luchaba y padecía por la Alemania, y que si sucumbía estaba también la Alemania perdida para siempre. Hasta los mismos adversarios participaron en cierto modo del gran cambio que se había verificado en las ideas populares, como lo prueba un caso curioso que ocurrió en la batalla de Rossbach. Un soldado de caballería prusiano estaba á punto de hacer prisionero á un soldado francés, cuando al querer ponerle la mano encima, vió sobre su cabeza el sable de un coracero austriaco; entonces le gritó el prusiano: «Paisano, déjame el francés.»—«Tómalo», le contestó el austriaco y se marchó al galope. Si esto pasaba á los enemigos de la Prusia ¿qué tales serían los sentimientos de sus partidarios? El anciano Gleim lo expresó en su «Canto de victoria de los prusianos después de la batalla de Rossbach.»

La gran ventaja de una batalla ganada en el Oeste era para Federico en la situación en que entonces se encontraba, que le permitía librar luego otra en el Este. Pocos días después de la victoria de Rossbach puso su ejército en movimiento dirigiéndose á marchas forzadas á la Silesia cuya situación era tan desesperada que reclamaba su inmediato auxilio.

El príncipe Cárlos de Lorena había obtenido en Silesia ventajas sobre ventajas, gracias á la inmensa superioridad numérica de sus fuerzas. Después de un sitio de 17 días se había entregado á Nadasdy la fortaleza de Schweidnitz el 12 de noviembre. El príncipe de Bevern se había retirado con sus 28,000 hombres á un campamento fortificado cerca de Breslau, ante 80,000 austriacos. Estos tomaron el campamento por asalto el 22 de noviembre después de una encarnizada lucha. Dos días después fué hecho prisionero el mismo príncipe de Bevern por una partida de panduros al hacer un reconocimiento, y en el mismo día 24 de noviembre entregó el general Lestwitz la ciudad de Breslau sin hacer la menor resistencia, mientras el general Kyau condujo el resto del ejército á Glogau. Los austriacos triunfantes ocuparon la capital de Silesia; el príncipe obispo conde de Schaffgotsch que todo lo debía al favor del rey Federico, ofició solemnemente en presencia del príncipe Cárlos y de todo su estado mayor en celebración de la victoria de los austriacos y de la restauración de su gobierno. La emperatriz María Teresa delegó al conde de Kollwrat para hacer jurar fidelidad á todos los empleados. El gobierno del rey de Prusia parecía haber sido un intermedio fugaz del cual nadie se acordaba, cuando el mismo Federico llegó con su pequeño ejército á la Silesia para cambiar toda la situación con una de las más atrevidas empresas que conoce la historia.

Había salido de Leipzig el 12 de noviembre con 14,000 hombres apenas. En 17 días había hecho 42 leguas alemanas de marchas forzadas (unos 300 kilómetros), y llegado el 28 del mismo mes al punto donde desemboca el Katzbach en el

Oder. En Parchwitz aguardó la aproximación de su ejército de Silesia que había hecho llamar y que estaba en Glogau mandado por el teniente general Zieten. Los generales Kyau, Lestwitz y Katt habían sido presos entre tanto para ser sometidos á un consejo de guerra. El 2 de diciembre llegó Zieten con 20,000 hombres; de suerte que el total de las fuerzas de Federico subía á 34,000 hombres de los cuales 12,000 eran de caballería. La artillería se componía de 96 cañones de batallón, que así se llamaba la artillería ligera, y 71 piezas de artillería pesada. Los 20,000 hombres que componían el ejército de Silesia estaban muy desanimados bajo la doble presión moral de una derrota causada por una mala dirección y de una retirada ejecutada con precipitación vergonzosa. El primer cuidado á que se dedicó Federico, por ser el más importante, fué reanimar el espíritu de esta tropa. En sus obras se expresa sobre este punto del modo que sigue: «Se atacó á los oficiales por el lado del pundonor recordándoles la gloria de sus hechos anteriores; se trató de distraerles con pensamientos alegres de los téticos que se habían apoderado de ellos por las desgracias recientes. A los soldados habló el rey en persona; les mandó distribuir víveres abundantes y extraordinarios; en fin se emplearon todos los medios imaginables para despertar en la tropa el espíritu de confianza sin el cual no puede contarse con la victoria. Pronto principiaron los semblantes á serenarse, contribuyendo mucho á ello los relatos animosos de las tropas que habían tomado parte en la batalla de Rossbach. Acabó de reanimar á todos un descanso de varios días, y todo el ejército estuvo otra vez dispuesto á tomar con arrojo el desquite.»

No se sabe si el rey dirigió una arenga á las tropas, porque nada se ha conservado que lo pruebe; en cambio hay una que dirigió al estado mayor y á los generales reunidos el día 3 de diciembre. Hálanse conservado dos testigos, escrita por el uno en estilo patético y difuso, y por el otro abreviada á lo militar. El primero es el capitán Retzow que la publicó en su obra: «Rasgos característicos de los sucesos más importantes de la guerra de los siete años (1).» El otro era el mismo paje del rey que conservó la explicación é instrucción que dió Federico á sus generales antes de la batalla de Kolin, de que hablamos en el capítulo correspondiente. La arenga en el final tiene en ambas redacciones el mismo sentido y era según el relato del paje Putlitz como sigue: «Señores, los enemigos están fortificados y armados hasta los dientes, y es preciso atacarlos allí donde están, y derrotarlos ó morir; que nadie piense en salir del empeño de otra manera; y al que no le guste podrá recibir su retiro al instante é irse á su casa.» A esto exclamó el comandante Billerbeck: «El que eso hiciera, sería un infame, un indecente: ¡á buen tiempo estamos para eso!» Jamás olvidó el rey esta expresión ingenua del valiente comandante.

El rey estaba pues resuelto á atacar al enemigo que era tres veces superior en número y se hallaba resguardado detrás de sus fortificaciones; pero el enemigo le hizo el grandísimo favor de abandonar su campamento fortificado delante de Breslau para ofrecerle la batalla en campo abierto, dejando á sus espaldas el río Weistritz. Al recibir Federico esta fausta noticia el 10 de diciembre hallándose en Neumarkt, ensanchó su pecho; y no dudando ya del éxito completo é inevitable de su plan, dijo al príncipe Francisco de Brunswick: «Ya tenemos al zorro fuera de su madriguera; ahora le escarmentaré y pagará la pena de su soberbia.»

La formación del ejército austriaco, compuesto de 90,000 hombres, en la madrugada del 5 de diciembre, se parecía

(1) En alemán. Publicado en 1802 en Berlin.